

— Eso ya lo había notado.

— Y actualmente inquietan sobre sí usted.... ya usted sabe lo de compadre.

— ¿Y Mercedes?

— Merceditas firme, señor D. Carlitos, tan firme que... diga usted lo que es ella... si usted quisiera comunicarse secretamente estoy seguro que usted lo conseguiría.

— ¿Le ha dicho á usted algo para mí?

— No, precisamente; pero yo conozco mi gente, y por lo que hemos hablado calculo que no sería difícil. Lo quiere á usted, señor D. Carlitos, lo quiere á usted bien.

— ¿Y me dice usted que puedo contar con usted?

— Enteramente, señor D. Carlitos, enteramente: nuestras ideas y nuestra.... Cuente usted conmigo.

— Gracias, Perez, llegará la vez.

Esto lo dijo Cárlos, sacando el reloj y consultando la hora.

Perez, que comprendió que la visita se había hecho larga se levantó diciendo.

— ¡Ah señor D. Carlitos! vea usted que casualidad esta mañana pasé por una mercería, y un amigo que tengo allí me dijo:—Vea usted, Perez, usted que es persona de gusto, vea qué lapicero —y me enseñó este. Mire usted, señor D. Carlitos qué lapicero tan primoroso, de oro, con semanario, con pluma y con una ametista; qué le parece á usted?

— Es muy bonito, dijo Cárlos examinando el lapicero.

— ¿No es verdad? Vaya si yo conozco el gusto de usted. Pues decía yo, el mercillero me lo enseñó y en el momento me vino una inspiración; me di-

je: este lapicero debe ser del señor D. Carlitos, que es una persona tan elegante y de tanto gusto.—¿Cuanto vale?—Ocho pesos.—Me pareció dado y le dije al marcellero: lo llevo; á la tarde le llevo á usted su importe, seguro de que usted, señor D. Carlitos, no se había de quedar sin el lapicero. ¡Imposible! si usted es persona que sabe gastar: ¿no es verdad señor D. Carlitos?

—Bien: supuesto que lo tomó usted para mí, tome usted su importe, dijo Cárlos dando media onza de oro á Perez.

—No precisa, no precisa; me lo dará usted cuando guste: yo lo pagaré en la mercería, y luego...

—No hay necesidad.

—Pues será en todo como usted lo desea, señor D. Carlitos. Y digo: nos veremos ¿cuándo? porque esto se queda pendiente.

—Si tengo que hacer. Nos veremos mañana.

—¿En la tarde?

—Sí.

—Pues hasta mañana en la tarde, señor D. Carlitos.

Perez bajó la escalera alborozado y triunfante; entró á un estanquillo para comprar puros con su media onza: como no hubo cambio, llevó los puros sin pagarlos.

Esto ya lo sabía Perez antes de entrar al estanquillo.

Enseguida paseó su media onza por varias partes, y la enseñó cuantas veces tuvo motivo para ello, hasta que por fin encontró al dueño del lapicero que se lo había dado á vender en cuatro pesos.

